



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 43.

JUEVES 22 DE DICIEMBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

ADRIANO, por Augusto Jerez Perchet.—EL HOMBRE-DIOS, por Fernando Sellarés.—LA NOCHE BUENA: poesía, por R.—HERMINIA, por F. Rovira Aguilar.—A LA PRECIOSA NIÑA, CARMEN ITURBIDE: soneto, por José López de la Vega.—EL AMOR, por Juan J. Medina y Guerrero.—LA PUERTA DEL SOL: (fotografía instantánea), por Pedro F. Reymundo.—EL NACIMIENTO: poesía, por Martínez de la Rosa.—QUIRICO, por Aureliano Ruiz.—LA NOCHE: poesía, por A. Campo-Díaz.—LA MUERTA DE AGUAS DULCES: LEYENDAS.—LA REDENCION: poesía, por Aureliano Ruiz.—PENSAMIENTOS: poesía, por A. R.—BIBLIOGRAFIA.

## ADRIANO.

### I.

Cármén era una linda jóven de diez y siete años. No reunia esas bellezas exageradas que tanto se apartan, por su exageracion de la verdadera hermosura, mas poseía preciosos atractivos.

Su rostro era redondo; de suave blancura apenas teñida de rosa. Los cabellos eran abundantes y negros. Los ojos, principal adorno de su semblante, negros tambien; y tan vivos que producía su mirada una impresion estraña. Los labios, de un rojo subido, estaban casi siempre contraídos por la mas deliciosa sonrisa, que formaba dos graciosos hoyuelos en sus mejillas. La estatura de la jóven era elevada, y en su cuerpo perfectamente formado, se hallaban á la par, movimientos de esquisita elegancia y de notable esbeltez.

El padre de Cármén era un opulento cortesano; hombre de ambicion y de orgullo. Su madre, buena mujer, sencilla y candorosa, participaba de las cualidades de su esposo, aunque no las profesaba con todo el rigor que él.

La hermosura de Cármén y su colosal fortuna, eran causa de que multitud de pretendientes codiciaran su mano, ambicion muy admitida en el presente siglo que todo lo metaliza.

Entre los infinitos pretendientes que asediaban á Cármén, había uno, jóven de veinte y dos años, de mediana fortuna, que en nada se parecía á sus rivales, pues nunca abrigó su imaginacion el pensamiento de pretenderla por su riqueza ni por sus encantos, sino porque la amaba; y la amaba porque sabía que era buena, dulce y amable. Tambien la niña estaba enamorada de Adriano, quien despues de aguardar durante muchos meses una ocasion favorable, logró escribir á Cármén, repitiéndole por escrito lo que tantas veces le había dicho con sus miradas.

Pero como es tan corta la felicidad por insignificante que sea, sucedió que la madre de Cármén supo sus relaciones y desde entonces empezó á vigilarla, de modo que no le fue posible volver á escribir á Adriano.

El, entre tanto, se desesperaba aguardando cartas de Cármén á quien ya apenas veía. Dudaba de su cariño, y solía exclamar en su dolor.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué desgraciado soy! Cármén no me quiere porque soy pobre.

Y el infeliz lloraba, y nada conseguía ni con llantos ni con lamentos. Cármén, por su parte, suspiraba continuamente, acordándose de su querido Adriano, quien cavilaba sin cesar, pensando en los medios que emplearía para acercarse á ella.

La imaginacion de los enamorados discurre lo que nadie sería capaz de discurrir; así es, que formó Adriano un proyecto magnífico aunque arriesgado, y era entrar de criado en casa de la jóven.

Una vez decidido á llevar á cabo su plan, averiguó quién era el criado de la casa. Le habló y le propuso una colocacion mejor que la que tenía, proposicion que como era muy natural, fue admitida por el mozo que se deshacía en palabras de agradecimiento, admirando la generosidad de aquel hombre que de tal modo le favorecía sin conocerle.

—Solo una cosa exijo de tí. Le dijo Adriano.

—Cuánto usted quiera, señorito, puede mandarme.

—Es cosa bien sencilla. Que lleves en tu lugar á casa de tu señora á un recomendado mio.

—Eso y mucho mas, caballero. La señora me estima y admitirá desde luego al criado que yo le recomiende.

Llegado el día de la presentacion, vistióse Adriano una enorme chaqueta que ocultaba por completo la forma de su cintura. Una peluca de ásperos cabellos, perfectamente hecha, cubría su cabeza. Su bigote suave desapareció bajo una barba y patillas negras. La elegante bota fue sustituida por unos gruesos zapatos que desfiguraban el pie. En fin, estaba tan variado, que hubiera sido trabajo inútil el querer reconocerlo.

En esta disposicion, presentóse al verdadero criado, con quien se dirigió á casa de Cármén. Al subir la escalera le temblaban á Adriano las piernas; sentía que su corazon daba violentos latidos, y creyó que se iba á desmayar.

La señora lo recibió en su gabinete, donde estaba con su hija.

Al hallarse frente á ella, sintió Adriano que la sangre toda le subía á las sienes; una nube rojiza turbó su vista, y una contraccion interior ahogó por un momento las palabras en su garganta. Pensaba que iba á ser descubierto, y esta idea le horrorizaba.

La señora, despues de varias observaciones le admitió en su servicio y desde entonces Adriano, bajo el nombre de Serafin, quedó instalado en la nueva casa.

Allí veía continuamente á Cármén; la oía hablar y se creía muy dichoso de vivir bajo el mismo techo que cobijaba á la niña. Durante el día cumplía sus obligaciones con toda puntualidad sin que le pareciesen duros ni degradantes los trabajos que le imponía su nuevo estado. Por las noches cuando se retiraba á su habitacion escribía sus impresiones en un diario que llevaba desde su llegada á la casa.



Entre tanto deseaba hallar una ocasión para hablar á Carmen, pues quería conocer si se acordaba de él todavía. Una tarde estaba en su cuarto asomado á la ventana, que caía al jardín; y al dirigir la vista á éste, encontró á Carmen cogiendo flores. Retiróse al momento y para llamar la atención de la joven, entonó con voz temblorosa este sencillo cantar.

El amante que yo adoro,  
está lejos de mi lado:  
¿qué importa sino hay distancias  
para dos enamorados?

Al terminar la copla volvió á asomarse, precisamente cuando Carmen miraba. Entonces, no pudiendo contenerse por mas tiempo la dijo:

—¿Me permitirá mi señorita que le presente un ramo de flores?

—Bueno, bueno, respondió ella: baja y cortarás unas pocas. Adriano bajó al jardín y empezó á cortar las mejores flores con las que iba formando un precioso ramo.

—¿Le gustan á usted mucho? preguntó á Carmen.

—¡Oh! mucho.

—También le gustaban á mi amo. ¡Pobre señorito!

—¿Quién era tu amo?

—Un joven que se llamaba Adriano.

—¿Adriano?

—Sí señora. ¡Qué desgraciado era!

—¿Desgraciado? ¡Dios mío! ¿Por qué?

—¿Le interesa á usted ese caballero?

—No... sino que me causa lástima saber que hay personas desgraciadas.

—Estaba enamorado... A mí me lo contaba todo.

—¿Cómo? ¿Te ha contado?...

—Su amor.

—¿Y ella era?...

—Una joven muy buena que se llamaba...

—¿Sabes su nombre?

—No le recuerdo.

—¿Y era amado?

—No sé.

—Pues qué, ¿no te lo dijo?

—¿Acaso él lo sabía? Solo puedo asegurar que el recuerdo de aquella mujer estaba siempre en su alma. Que la adoraba con cuanto amor pueda existir y.... ¡que lloraba continuamente!...

—¿Cómo? ¿Tú también lloras?

—¿Yo?... No puedo remediarlo; quería mucho á mi amo, y padecía de verle padecer.

—¿Y qué es de su vida?

—Conociendo que no podía ver á su amada, no sé por qué causa, marchó de Madrid.

—¡Ah! gritó Carmen palideciendo.

—¿Qué le sucede á usted?

—Nada... nada... que me he clavado una espina.

Y diciendo estas palabras desapareció entre los árboles. Adriano la miraba y observó que enjugaba sus lágrimas con el pañuelo.

—¡Todavía me quiere! murmuró Adriano; y siguió cortando flores.

## II.

Algunos meses hacia que Adriano estaba en casa de Carmen, y desde que ocurrió la anterior entrevista no volvió á hablar con ella. La veía, sin embargo, todos los días, pero sin dirigirla la palabra.

Entre tanto un caballero, rico al parecer, comenzó á pretenderla y poco después fue presentado en la casa.

Como es tan débil el corazón de la mujer que vacila á la mas leve impresión y olvida en un instante cuantos recuerdos abrigaba, el corazón de Carmen vaciló á la vista de aquel hombre.

La riqueza, ese oropel deslumbrador que tanto seduce y tan poderosos atractivos posee, ahogó en su alma de niña el recuerdo de Adriano. El joven pretendiente, que se llamaba Manfredo, poseía ciertas cualidades, ó mejor dicho, ciertos adornos, que atraen sobre el que

los posee, la simpatía ó la admiración de casi todas las personas, y no pudieron menos de agradar á Carmen.

Adriano había conocido que ésta manifestaba alguna inclinación hacia Manfredo y desde este instante empezó á sufrir los mas crueles martirios. El, tan apasionado, que tantos sacrificios hacia por Carmen, que solo por ella había descendido hasta el último peldaño de la escala social, verse olvidado tan de repente, ¡qué triste dolor!

Los meses corrieron; Adriano permanecía oculto bajo su humilde disfraz; y al cabo de algun tiempo, el padre de Carmen, á quien agradaban las relaciones de su hija con Manfredo, dispuso su matrimonio que debía celebrarse en breve.

Llegó la víspera de la boda. Ninguna esperanza abrigaba Adriano. Entonces, decidió abandonar para siempre aquella casa querida donde había pasado tantos meses al lado de Carmen; pero antes de marchar quiso ofrecer á ésta un pequeño recuerdo como regalo de boda, que consistía en una cajita de cedro, dentro de la cual estaba el diario que desde su llegada á la casa iba escribiendo. ¡Sencilla revelación de sus pesares, que encerraba sus sacrificios y los sufrimientos que habían despedazado su corazón!

Carmen agradeció el presente de su fiel criado, quien apenas le entregó la cajita desapareció de la casa.

## III.

La lectura del diario hizo derramar á Carmen copioso llanto. Se arrepintió de su conducta y formó la resolución de no casarse con Manfredo. Es verdad que de este modo se esponía á la cólera de su padre, y que su comportamiento daría mucho que hablar á cuantas personas la trataban; pero nada pudo detenerla. Confesó á su padre su amor por Adriano, diciéndole que solo con él se casaría. Imposible le hubiera sido alcanzar el consentimiento de aquel hombre orgulloso, á no haber sobrevenido un notable incidente.

El día señalado para la boda, se presentaron en casa de Carmen, preguntando por su padre, dos individuos de policía.

—¿Qué se les ofrece á ustedes? Les dijo aquel.

—Deseaba contestó uno de ellos, ver al señor Manfredo.

—Aquí no vive; pero puede usted decirme cuanto quiera, que el lo sabrá.

—Ese joven, continuó el recién venido, es un hombre culpable por su conducta indigna. Hallándose en Cádiz meses pasados sin ningunos recursos para vivir, pues el pequeño capital que poseía lo dispuso en juegos y en toda clase de excesos, pidió dinero prestado á algunas personas, que tuvieron la candidez de dárselo, en vista de sus promesas de pagarlo religiosamente. Pero no bien tuvo en su poder una cantidad considerable, vino á Madrid bajo un nombre supuesto: alquiló una lujosa berlina; compró un caballo, y últimamente, se vá á casar con su hija de usted. Mas hace ocho días que sus acreedores se han enterado de cuanto ocurría, por lo que formularon una queja á la autoridad, para que tomase cartas en el asunto. Así ha sucedido, y de nuestras averiguaciones ha resultado, que debiendo el señor Manfredo casarse en breve, usted, como padre de la novia, debía saber el paradero de ese hombre. Así, tendrá usted la bondad de decirme, para que inmediatamente se le arreste. Y tomó asiento para hacer la anotación que pedía.

—¿Cómo? ¿Van á prenderlo?

—Sí señor; y es muy probable que vaya á presidio por algunos años.

En efecto; Manfredo fue presentado á los tribunales y puesto en la cárcel. El dinero que le quedaba, sirvió para pagar una pequeña parte de sus deudas; pero como no pudieron satisfacerse todas, le condenaron á seis años de presidio.

Semejante accidente causó mucha sorpresa

al padre de Carmen, que se avergonzaba de haber ofrecido la mano de su hija á Manfredo, cuyas miras estaban ya descubiertas, por lo que se desbarató la boda con mucho contento de Carmen.

Esta, comprendió entonces la ligereza de su conducta en dejarse seducir por los oropeles de la riqueza sin estar segura del verdadero amor, cualidad á que es preciso atender para casarse, y su padre vió en lo ocurrido un aviso del cielo para hacerle olvidar la ambición que tantos disgustos acarrea temprano ó tarde.

Dos meses después de los últimos sucesos, Carmen entregaba su mano á Adriano, en premio á su constancia y sacrificios.

AUGUSTO JEREZ PERCHET.

## EL HOMBRE-DIOS.

Densas tinieblas velaban las cumbres del Capitolio y sus cátedras, oscureciendo el horizonte romano cuyo trono ocupaba el famoso triunvirato de Octavio, Lépido y Antonio en quienes se estinguió la república para empuñar el cetro y vestir la púrpura la monarquía, entonces floreciente.

Eran días de luto.

El látigo crujía sobre la espalda del mísero esclavo: las cadenas de la barbarie ahrojan su cuerpo y envilecían su inteligencia solísticos absurdos que sembraban la muerte en el reino de Tiberio Calígula y Neron.

Las dilapidaciones de los Césares y la degradación del pueblo eran negro borron para los monumentos del imperio entonces corrompido y formaban atmósfera de crímenes las aberraciones de sus teogonías envueltas en las fábulas del politeísmo que entronizaba miseros desbarros en sus templos gentílicos. En la sociedad y sus clases reinaba la confusión; imperaba el desorden. El mundo dividióse en varias sectas, dominando la egolatría humana: revolviéronse en sus cimientos todas las ciudades, resultando el envilecimiento del pueblo embrutecido.

Eran lustros de muerte.

Los circos contemplaban en su arenoso palenque luchas terribles de alimañas con inocentes esclavos y los anfiteatros llenos de hacinadas víctimas: las termas veían sucumbir al fatigoso é incesante trabajo los débiles cuerpos de los vasallos; y la roca Tarpeya amenazaba derrocar al grito de libertad. El Capitolio y la rojiza corriente del Tiber eran nuevas sombras que cubrían la miseria, padron de afrenta para los monumentos que engendraba el orgullo.

Vivían los hombres desgraciados en húmedas chozas, siendo su herencia paterna el llanto y la desesperación, y su patrimonio las cadenas, el látigo y la muerte.

Brilló una luz radiante cuyo foco emitía haces luminosos de fé, esperanza y amor; rasgando por irradiación las caliginosas tinieblas del imperio para levantar la verdad sobre las ruinas de sus crímenes.

Las miradas de todo un cielo, la agitación de todo un pueblo y la curiosidad del orbe, todo convergía al foco mismo del que emanaban los mas claros fulgores de esa luz celestial. Luz misteriosa á cuya aparición é influencia cayeron los templos de Júpiter y Minerva; desaparecieron el Capitolio y los palacios de los Césares, aruinándose los monumentos de Bizancio y las glorias de Atenas: Luz esplendorosa cuyos rayos ofuscaron el gentilismo y sus cátedras, sus dogmas y creencias, sistemas y sofismas, rasgando el velo ensangrentado de las barbaridades de las tribus y sus patriarcas, de las repúblicas y sus magistrados, de las monarquías y sus reyes y de los imperios y emperadores:

¡Luz brillante que al dorar sus fulgores las cúpulas del Vaticano, yacía en la tumba de su nada Babilonia con su abominación, Nínive con su pompa, Menfis con sus profetas y templos, Atenas con sus artes y héroes, y Rom



con su diadema y con los despojos del mundo: Luz tan prodigiosa jamás hasta entonces, había alboreado en el espacio, iluminando el firmamento: esa Luz sin igual presagiaba al mundo, atento á sus faces, una renovación completa, llevaba esculpido con caracteres de fuego en su luminosa órbita el sello sublime de nuestra redención!

Esa Luz anunciaba al rey de reyes, de paz y de gloria; rendía homenaje á nuestro Salvador que naciendo en miserable pesebre, último escalón de la indigencia, dió un ejemplo de humildad á la naturaleza orgullosa; y una prueba de amor á la flaqueza humana, arrancándola con su venida de las garras del Averno.

Aquella Luz milagrosa era el nuncio bello del Hombre-Dios, á cuya aparición los oráculos enmudecen, y ningún murmullo siniestro hace resonar el templo de Apolo que abandonando la colina de Dalfos, no puede pronosticar lo futuro. Ningún éxtasis nocturno, ninguna inspiración secreta saliendo de una caverna profética se hace sentir al sacerdote de ojos espantados.

Sobre las montañas solitarias, canta el estro poético de Milton, y á lo largo de las resonantes riberas no se oyen mas que llantos y lamentos. El genio se ve forzado á alejarse, suspirando, de las fuentes y de los valles que habitaba en medio de los pálidos chopos; y las ninfas despojadas de sus guirnaldas de flores gimen á la sombra de espesos matorrales.

Los Lares y las Larvas hacen oír sus quejas nocturnas en la tierra consagrada y sobre los santos hogares. Las urnas y los altares despiden sonos lúgubres y desfallecidos que espantan á los flamines ocupados en su servicio, y el mármol helado parece cubrirse de sudor mientras que cada deidad abandona su sitio acostumbrado!

Vino pues, el Redentor del mundo.

Barcelona: Diciembre de 1864.

FERNANDO SELLARÉS.

#### LA NOCHE BUENA.

*Pastores loquebantur ad juvisem: Transeamus usque Bethlehem, et videamus hoc verbum quod factum est quod Dominus ostendit nobis.*

S. Lucas. Cap. II. v. 15.

¡Las doce!—Las sombras cruzan el firmamento azulado, los ángeles han plegado sus alas de fuego y luz. prendido en broche de estrellas sobre la tierra escampado, hace poco, que ha dejado triste noche su capúz.

Belen, la ciudad de Oriente en los montes asentada, la que fue predestinada para ser cuna de Dios, como las otras ciudades no ha contemplado sombría escapar la luz del día del hermoso sol en pos.

Sobre las peladas crestas de sus montes seculares, sus ángeles tutelares iluminándola están. Y juntando con su aliento la luz antes esparcida, á esta ciudad bendecida día en la noche le dan.

No hay ciudad en el Oriente tan rica y afortunada, por los ángeles velada, es la cuna del Señor. En un establo, allá lejos de esa ciudad bendecida, hace poco tomó vida de este mundo el Salvador.

Luego verán sus montañas de tal gracia estremecidas, ricas coronas rendidas de humilde Niño á los pies. Quizás en sangre bañadas se sacudan fuertemente, cuando ese Niño inocente la muerte sufra despues.

Mas no importa. En estas horas. de placer y de contento, murmura dichas el viento y goces cuenta la flor. En estas horas sublimes se van cumpliendo los días que anuncian las profecías heraldos del Salvador.

Vamos todos, vamos todos á esa ciudad tan querida, postrémonos en seguida en humilde adoración. Y si no tenemos cetros, ni coronas, ni riquezas, ofrezcamos las finezas de un amante corazón.

R.

#### HERMINIA.

I.

Herminia, la esposa de Ricardo, es apreciada de cuantos la conocen.

La última sombra de la noche recoge el último suspiro de su amoroso ensueño.

Cuando las aves saludan á la aurora con sus dulces trinos, ella, oculta detrás de las persianas del bancon de su cuarto, de rodillas ante una imagen de Nuestra Señora de la Esperanza, eleva al cielo su plegaria matutina.

Su esposo, que es un empleado del ferrocarril de Madrid á Alicante, se levanta muy temprano, y sale de su casa con dirección á la oficina.

Pero ella queda en su habitación en el verano, sentada al balcón donde se distrae de vez en cuando fijando sus ojos en los hermosos tiestos de claveles valencianos que lo adornan, ó en las flores de la maravilla que sirven de dosel á la bella y casta esposa.

Sale á paseo por la tarde cuando el crepúsculo con sus débiles tintas envuelve al prado y al monte en e a dulce y vaga melancolía que presta al corazón tantos encantos.

Y por las noches cuando vuelve á su casa, aun pasa algunas horas dedicada á la costura.

Porque Herminia necesitaba trabajar para ayudar á su marido.

Herminia no puede gastar en cintas y lazos la paga de su marido, porque próxima á ser madre, desea dejar á sus hijos aunque sea una pequeña fortuna.

Por eso lo que habia de gastar en satisfacer los caprichos de la moda, lo deposita en la caja de ahorros para sus hijos, porque espera ser madre y ya siente por el hijo que lleva en sus entrañas ese amor puro é inmenso, que se siente y se concibe, pero no puede explicarse.

II.

Herminia se levanta mas temprano y trabaja mas afanosa, y mima mas á su esposo, y busca en su mirada la dicha y la ventura que rebosa toda ella.

Y es que Herminia ama ahora á su esposo, por su hijo, porque es deudora á Ricardo de una dicha que ella nunca la habia imaginado tan cumplida, porque antes ella pasaba los días esperando, y ahora ya nada espera que todo está junto á ella.

Herminia ya no cuida las flores de su ventana, porque en una cuna de mimbres, entre unas blancas cortinas de muselina tan blancas como pura es su conciencia, duerme un niño á la que ella imprime de vez en cuando un beso y en cuyos labios encuentra mas per-

fume que el que pueden ofrecerla las mas regaladas flores.

Herminia ya no sale de casa por las noches, porque paseando por la habitación para acallar á su niño que se queja tristemente, cobra mas fuerza y vigor que la que podia prestarle el aire de los campos.

Porque Herminia es mujer y madre. Y una mujer es dichosa allí donde está su amor, y una madre no vive mas que al lado de su hijo; y lejos de su pequenuelo Herminia no hallaria ni paz, ni dicha, ni ventura.

F. ROVIRA AGUILAR.

#### Á LA PRECIOSA NIÑA,

CÁRMEN ITURBIDE. (1)

#### SONETO.

Hermoso querubín americano,  
Que has venido á vivir en otro suelo,  
Como un astro brillante que en el cielo,  
Alegre con su luz al pueblo hispano.

En mí hallarás un cariñoso hermano,  
Que con piadoso y paternal desvelo,  
Te brindará torrentes de consuelo,  
Besando con amor tu blanca mano.

Grandes serán los fastos de tu historia,  
Guiada en este mundo de amargura,  
Por la mano de Dios, que es la victoria.

El te dará consuelos y ventura,  
El te dará mil páginas de gloria,  
Para volar á la celeste altura.

Madrid, 28 de noviembre de 1864.

JOSÉ LOPEZ DE LA VEGA.

#### EL AMOR.

La reducción del Universo á un solo ser, la dilatación de un solo ser hasta Dios: esto es el amor.

VICTOR HUGO.

El amor es la madre, la reina, la esencia, la consecución, el alma de las esperanzas.

La muestra mas clara de la magnanimidad y omnipotencia del Criador: la mas rica dádiva con que ha engrandecido á sus criaturas, es el amor.

El amor es el aliento de los ángeles. Es una brisa celestial. Es el aroma que exhalan las flores de un divino Eden. Es la mayor, la mas pura, la mas verdadera delicia que se goza en la tierra.

Viven el hombre y la mujer ignorando tan incomprensible dicha; y sus corazones son árboles sin hojas, flores que jamás recibieron benéfico rocío, soles sin esplendor. Hállanse en su camino; se contemplan, y la mas profunda admiración llena sus facultades. Ponen los ojos en el cielo, y poseídos de un entusiasmo santo, divisan al través de su bello azul la gratísima mirada del ángel de los amores. Sienten una impresión indefinible. Vislumbran la mas halagüeña esperanza. Están rodeados de incomparables placeres, y al mismo tiempo sufren, rien y lloran. Deslízase ante su vista una tumultuosa serie de fantásticas imágenes que con seductoras formas vuelan en torno de ellos, uniendo á sus giros vagarosos mil cánticos que halagan sus oídos, como los ecos de un arrullo celestial. No pueden resistir á la influencia so-

(1) Esta niña, hija de un distinguido joven gallego, y de una señorita de la ciudad de Mendoza, en la América del Sur, fue una de las pocas personas que se salvaron del horrible terremoto de que fue víctima aquella rica é ilustrada ciudad americana, no va lejána la fecha. Multitud de correspondencias firmadas por su padre, que circularon por Europa, han hecho célebre á esta preciosa niña, cuya precoz inteligencia y peregrina belleza, son el vivo traslado de su infortunada madre y la semblanza perfecta de su distinguido padre, que tanto ha figurado en altos destinos, en los sucesos políticos de estos últimos años, en aquellos tan ricos, bellos, como infortunados países.



## TRAJES ANTIGUOS.



Godos de la plebe.

brenatural de tales hechizos: las fascinadoras miradas de aquellas visiones leves y aéreas los estasián. Una exaltación febril se apodera de los ya venturosos mortales, á quienes á poco destrozarán las violentas emociones de tan sin igual sorpresa. El fuego voraz que enciende sus almas los lanza en un campo ilimitado de ilusiones; en donde con palpitante regocij go-

zan amorosos ensueños, días tranquilos de amenos placeres, sublimes encantos... felicidad sin fin. Una irresistible fuerza los oprime: faltales aire que respirar, y los corazones encerrados en la reducida cárcel de sus pechos, latiendo con insólita agitación, parece como que quieren saltar de ellos y sin descanso dilatarse hasta ocupar con sus inmensas proporciones lo infi-

nito del espacio. Se contemplan, en fin, impotentes para sobrevivir á tan grandes y extrañas sensaciones. ¡Tal es la fuerza del amor!... Y luego, cuando cesa este misterioso éxtasis: cuando acaban sus gratas confusiones: cuando vuelven en sí de su letargo, despiertan con asombro en un mundo distinto del nuestro. Entonces ¿cómo espresan la sublimidad de lo que sienten? ¿Cómo se cuentan sus impresiones? ¿Cómo se dicen, cómo se comunican el elevadísimo y nobilísimo afecto que sale de sus corazones cual un torrente?... ¡Ah! ¡Lejos de allí, inteligencias que nada significais! ¡Lejos de allí, inútiles manifestaciones y sentidísimas frases: lejos de allí, impotente poesía, que seriais un miserable sarcasmo! ¡Lejos de allí obras humanas, que ningun valor teneis para mezcláros con aquel sentimiento, destello de la divinidad el mas grande, el mas incomprensible! ¡Lejos los amantes lejos; y dejad que se miren sonriendo. Su sonrisa, espejo fiel de sus sentimientos, es mas espresiva que vosotras. Su sonrisa, mas tierna que todas las ternuras del mundo, es el portentoso poema con que cantan la dicha; tan portentoso que en vano osará nadie entenderlo; así como no viendo un manso y caudaloso río, cerca del cual estemos, arrastrará con suave corriente su inmensa masa sin que nos apercibamos siquiera. ¡Y una sonrisa! ¡Una indicación, al parecer tan ligera, encierra innumerables palabras de ventura! ¡dulcísima alegría! ¡eternos placeres!... ¡el lenguaje de dos almas enamoradas!... Entonces todo lo que les rodea, parece que quiere felicitarlos, presentándose á sus ojos mas lleno de hermosura, de amenidad, de luz, de gracias, de armonía. Las flores les ofrecen ya sus perfumes mucho mas deliciosos y agradables que antes: los prados están mas risueños: los trinos de las aves mas melodiosos: el agua de las fuentes mas límpida y serena: el susurro de los arroyuelos mas apacible: en el salir del sol palpan ya mejor que otras veces la majestad del Omnipotente, y en el bramar de las olas y de los vientos su grandeza é inmensidad. Todo les conmueve: todo les encanta: y la naturaleza en fin se les manifiesta en su mas alto grado



ADRIANO.—Y tomó asiento para hacer la anotación que pedía.



de esplendor, como deseando, envidiosa de sus goces, engalanarse mas y mas con las perfecciones que le diera el Sapientísimo Artífice. Ellos entonces... empiezan á vivir. Ellos entonces... aman.

El amor es un paraíso en donde todo respira placer: en donde á nada falta la bendición del cielo: en donde existe la realidad de las ilusiones, y en donde los fantásticos ensueños y las seductoras mentiras se vuelven aun mas dulces verdades.

Solo los justos pueden amar. Mezclar en la impureza tan purísimo nombre es su mayor blasfemia.

Las almas que poseen la virtud habitan el cielo: cuando las toca la mas directa emanación de la divinidad, cuando aman, bajan á la tierra, únense á las de los seres amados, vuelan con ellas á las etéreas mansiones, y son un astro resplandeciente, una flor inmarcesible.

A la manera que en las rugientes tempesta-

des, el ronco trueno y el flamígero rayo, al sentir la poderosa mano que los creara, cesan en sus ímpetus, restituyendo á la tierra su perdida tranquilidad: así un corazón educado en malas doctrinas y casi corrompido, si cede al amor, se hace por su sobrehumano influjo digno de eternos goces.

El amor santifica. Es imperecedero é inmutable, como el alma, como vivo destello de la gloria.

Lo que el sustento al cuerpo, lo que las flores á la primavera, es al alma el amor.

En este vastísimo desierto, que llamamos mundo, hay innumerables caminos. Nace el hombre, y con el precioso germen de virtud que Dios le diera, empieza el camino que le conducirá hasta su escelso trono: mas ¡ay! ¡reina una oscuridad completa! ¡fácilmente se extravía! Y ya perdido, errante por funesta senda, ¡triste de él! Si no tiene la suerte de amar, solo divisa en medio de las tinieblas algunos

ténues relámpagos, que no hacen mas que presentarle precipicios aterradoros é invencibles escollos, inspirándole la desconfianza y tras ella la desesperación. ¡Infeliz estado el del mortal que, desatendiendo miserablemente su espíritu, no mira otra cosa que los placeres materiales, y llega á viciar su alma con pasiones desastrosas y viles! ¡Está envuelto en la mas tenebrosa bruma! ¡En vano buscará anhelante el hermoso camino de la virtud! ¡Terrible situación!... Mas un esplendente faro le hará salir de ella. Un mágico sol deluz inmensa y clara le indicará la gloriosa senda, y será placentero su inteligente guía, su infatigable servidor. Este es... un sol inextinguible. Este es... el amor.

Sin amar, nuestra vida seria la de una piedra.

Sin amar, todo parece triste y sombrío, y el amor colora la naturaleza con los mas sorprendentes y hechiceros matices.

De todas las penalidades y miserias que su-



PANORAMA UNIVERSAL.—Astrakan. (Rusia.)

frimos en este angustioso destierro, ninguna hay que no la dulcifique el amor: y su raro y misterioso poder alcanza lo mismo á hacernos leves las desgracias del presente, que á dar cierta dulce melancolía á recuerdos del pasado que de otro modo nos despedazarían el corazón.

Quien llega á amar, solo piensa en el ser amado: por todas partes ve prodigiosamente multiplicada su imagen, mas bella para él que la vida: quisiera poseer innumerables lenguas y con todas ellas hablar de su pasión sin cansancio: quisiera estar amando desde antes de nacer: quisiera tener mas tiempo para amar: quisiera que los instantes fuesen siglos: quisiera vivir eternamente amando, y quisiera también poder amar aun después de la eternidad. ¡Bienaventurado el que así ama!

Dios puso en el mundo para bien del hombre un templo, lo mas sobrenatural por su hermosura, lo mas admirable por ser un completo resumen de la creación. Este maravilloso conjunto, este suntuosísimo monumento, este grandioso templo, es la mujer. Su santuario es el corazón. En él se encierra radiante de bien, pura y esplendorosa una sacratísima imagen, la virtud. Rinde el hombre adoración ciega al ser supremo representado en tal imagen, y

este profundo culto tributado á Dios en la virtud de la mujer... es el amor.

Sin amar, el elixir de la vida del alma es un secreto. ¡Oh! mil veces feliz el que lo descubre. ¡Sin este elixir celestial se alienta, pero no se vive!

Desdichado mortal, que no abrigas en el recóndito santuario la preciosísima imagen, ó no le tributas un acendrado culto: á tí, que no amas, ¡te compadezco de corazón! Y á tí ángel puro que percibes las brisas del Eden: á tí para quien son las aromáticas emanaciones de las flores divinas; á tí que en interminable estrofa escuchada con deleite desde los cielos, cantas la verdadera poesía; á tí que amas ¡entusiasmado te saludo con toda la efusión de mi cariño! ¡Ama siempre y alcanzarás eterna ventura!

JUAN J. MEDINA Y GUERRERO.

#### LA PUERTA DEL SOL.

(FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA.)

Son las doce de la mañana de un día festivo y la multitud invade las aceras de la célebre plaza.

Las mil conversaciones y diálogos que á un mismo tiempo se entablan y se suceden en semejante sitio, forman el *pandemonium* mas completo que darse puede.

Procuremos dar una leve idea de ello al curioso lector.

UN AGENTE DE BOLSA.—La *negociación* de los fondos sobre *efectos públicos* me tiene disgustado. Es preciso intentar un medio supremo.—Antes que venga el turbión, quiero jugar el todo por el todo.

UN MINERO.—No hay duda que la mina *desada* tiene un *filon* soberbio.

UN CABALLERO DE INDÚSTRIA—(aparte.) Si no oí mal, el *lord* aquel se ha hospedado en el cuarto número 8 del *Hôtel de los Príncipes*. Si salgo bien con mi plan, me puedo dar *lustre* por un poco de tiempo.

UN ESTUDIANTE.—¿Oye Manuel, has recibido carta de casa?

OTRO.—Aun no; lo que me tiene aburrido y lo que es peor, sin un cuarto.

—Entonces no podremos ir mañana á ver á...

—Descuida, si hoy no recibo *letra* empeñamos los libros, la ropa y todo... ¡El honor antes que nada!

UN CIEGO.—¡El *Cascabel*, el número se-



sentado del *Cascabel*, con música y con el retrato de autor!...

UN CHULO.—¿Bonifacio, has visto á la Alfonso? Porque me han dicho que anda muy animada con el hijo del tío Peneque...

UN PERIODISTA.—De hoy no pasa. Puesto que ni me han incluido en la última hornada, ni siquiera me han propuesto candidato en *Puente Caldelas* por ejemplo, estoy decidido á bloquear al Ministerio...

UN MILITAR.—Voy á solicitar el pase á Ultramar; no hay otro medio de ascender; lo que me tiene sublevado y...

UN DESOCUPADO.—¡Doce campanadas! ¿Dónde es el fuego?

UN MUNICIPAL.—En la parroquia de San Lorenzo.

EL DESOCUPADO.—Allá me dirijo. ¡Ay que gusto! Ya tengo donde matar el tiempo.

VARIAS VOCES.—¡El Mosquito, Las Cosquillas, El Chisme, La Iberia!...

UN FILÓSOFO.—¿Qué aluvión de periódicos!

UN TORERO.—No tenga osté duda, yo he puesto palos y he matao mejor que el *Gordito* y el *Tato*, pero como aquí no choco, dan en decir que no soy gran cosa.

UNA MAMÁ.—Niña, recógete ese vestido... no tanto, no tanto.

—Pero mamá, deje usted que me lo suba un poco mas, no sea que algun otro pisotón...

UN JUGADOR.—Si anoche no echo el juego á dos cartas, me quedo como el gallo de Moron.

UN FORASTERO.—¡Jesus que Babel! ¡yo me aburro! ¡Ay pueblo de mi alma!... (vá á sacar el pañuelo para enjugarse una lágrima y nota que le falta). ¡Caramba!... ¡ya me han robado! ¡Razon tenía el hijo del boticario al advertirme que habia aquí mucho tunante!

UN PRESTAMISTA (consultando el reló).—La una, y el conde de M. no parece. ¿Si habrá ganad en el Casino al treinta y cuarenta y ya no tomará mi dinero al cincuenta?...

UN CESANTE.—Desengáñese usted amigo don Pascual; pese á mi peluca, el gobierno se ha vestido con la piel del asno, ocultando de mala manera sus uñas de lobo. ¡Deje usted que se vuelva la tortilla y manden los nuestros, los del Comité! ¡Verá usted, verá usted!...

UNA MODISTA.—Mira, oye, que no faltes al baile de *Paúl*. Irán Celedonia y Jacinta, y Pepe nos ha prometido llevarnos por la noche al teatro del Príncipe. Porque como yo no he visto aun á Catalina!...

UN SIMON.—¡Eh!... ¡Allá voy!... ¡Allá voy!...

UN TRANSEUNTE.—¡Bárbaro!... ¡Por poco me atropella!...

UN MANGUERO DE LA VILLA.—¡Que mancho!... ¡Agua vá!...

Al fin desemboca por la calle de Alcalá un regimiento batiendo marcha, lo que logra acallar la confusion y distraer por brevisimos instantes la locuacidad de tanto vicho viviente.

PEDRO F. REYMUNDO.

#### EL NACIMIENTO.

¡Gloria á Dios! sonó en el cielo;  
Y apenas oye la voz,  
Un Angel parte veloz  
Y hacia Belen tiende el vuelo.  
Acuden pobres pastores  
Con pura y sencilla ofrenda;  
Y mostrándoles la senda  
Brotan de la tierra flores.  
Mientras clarísima estrella  
A los Magos se aparece;  
Pero menos resplandece  
Que del Niño la faz bella.  
Por no turbar su reposo,  
Calla la mar, calla el viento,  
Y hasta el mismo firmamento  
Sigue el curso silencioso:

MARTINEZ DE LA ROSA.

#### QUIRICO.

¿A qué se reduce en suma lo que aquí escribiendo estoy? á que compré plumas hoy y estoy probando una pluma.

(\*\*)

«Eres mas tonto que Quirico,» es un refran bastante popular por cierto; refran, que estamos seguros de no encontrar perro ni gato en cuyo oido no haya resonado, en la niñez muy de continuo, quizá demasiado continuamente, y en todas las épocas, de la vida con mas ó menos insistencia; este popular refran, decimos, nos trae hace dias asaz preocupados, con una preocupacion y curiosidad muy parecidas á la que experimenta una jóven que recibe por primera vez una epístola amorosa, anónima, y cuya procedencia entrevé dudosamente.

¡Quirico! ¿Y quién era Quirico? Hé aquí lector, una exclamacion y una pregunta, que nos hemos dirigido mas de una vez, y que no dudamos que tú tambien te hayas dirigido en alguna que otra ocasion. Nosotros, sin embargo, no nos hemos contentado con quedarnos en la duda, y hemos tratado de indagar. De nuestras indagaciones ha resultado, que dimos con el filon, con la veta; no pareciéndonos en esto á algunos mineros, que no encontraron ni la veta ni el filon, pero si la ruina de su casa, y el sepulcro de su caudal de sus esperanzas, que son dos caudales. Mas afortunados nosotros, sacamos en limpio, que Quirico fue un tonto, pero no un tonto vulgar de tres al cuarto, sino un tonto particularísimo, un tonto *suy género*; un tonto que entre otras muchas cosas notables, tuvo el medio singular de hacer que su nombre llegara en alas de la fama á las futuras edades; medio que hoy se afanan muchos de sus cólegas por encontrar, sirviéndose para ello de la ignorancia ó de la apatía de sus contemporáneos.

Quirico, como ibamos diciendo, era un tonto singular, de esos que el vulgo retrata con su instinto característico, cuando dice de alguno de ellos «que es un tonto que pide para los mártires;» vulgaridad que por ítem enseña que el pedir para ciertos objetos, fue en todos tiempos, de tontos en la apariencia; en realidad bachilleres redomados.

Entre un empolvado legajo de manuscritos, encontramos hoy al azar una recopilacion de las *agudas* simplezas de Quirico, que creemos darán un rato de solaz á nuestros lectores. Vayan, pues, algunas de las *agudezas* de nuestro héroe.

Quirico escribió sus memorias (que hasta á los tontos les ha dado siempre por ahí), y principiaban ellas con el siguiente profundo pensamiento: «Me agrada la Luna porque sirve mucho mas que el Sol; el Sol no sirve para nada; alumbra cuando ya es de dia, mientras que la Luna no alumbra hasta que ya es de noche.»

Cuenta que un dia, le regaló un íntimo amigo suyo un soberbio baston, tan alto para su estatura, que le mandó cortar una cuarta por el puño.—¿Y por qué no lo has cortado por la contera? le preguntó el amigo.—Toma, porque no le sobraba por la contera, sino por el puño; respondió muy satisfecho.

Siendo muy niño, se peleó en la escuela con otro muchacho, y de sus resultas el condiscípulo le hizo sangre en la frente.—¿Qué te han hecho, hijo mio? le preguntó su madre.—Nada; es que me he tirado un bocado en la frente por comer aprisa.—Tonto; ¿acaso puede nadie morderse en la frente?—Si señora, porque estaba subido en una silla.

«Detesto á los cobardes; se lee en un capítulo de sus Memorias; cuando escribo un anónimo, siempre lo firmo por debajo.»

Quirico se dejó un dia su baston en una tienda; le escribió al dueño de ella cuatro renglones para que se lo mandara con el *dador*, y echó la carta en el primer buzón que encontró al paso. Al dia siguiente halló su baston guardado en un baul y volvió á escribirle

al dueño del establecimiento.—«Si no ha encontrado usted mi baston, no me lo remita, porque lo tengo en casa.» Mandó la carta con un mozo, y para que no se estraviara, sacó una copia y acompañó al criado.

El habia oído hablar del siglo de oro de nuestra literatura, y cuando se encontraba falto de recursos, solia esclamar: «No tengo un cuarto; si yo hubiera nacido en el siglo de oro, nunca me hubiera faltado una onza en el bolsillo.

Amaneció un dia del mes de Abril, lloviendo á cántaros, como acontece frecuentemente en dicho mes; Quirico tenia que salir pero temia hacerlo, por haber comprado el dia antes un sombrero nuevo, que se mancharia con la lluvia.—¡Ah! no me habia acordado, dijo de repente; para evitar que se moje mi sombrero lo llevaré en la mano.»

Un pescadero tuvo que decirle tonto, sin merecer el epíteto, porque una vez tomó formal empeño, en comprarle una carnicera de boquerones que no pesara mas que media libra.

¡Pobre Quirico! decian las gentes; no sabe hacer nada, y pasa un dia y otro viviendo de lo que le dan. Quirico se sonreía, y solia esclamar: «Por lo mismo que no sé hacer nada, debia el Gobierno darme un buen destino.»

¡Pobre Quirico! decimos nosotros; no creais que lo decimos porque Quirico ha muerto, no: Quirico vivió en el pasado, vive en el presente y vivirá en el porvenir. Quirico, el ente corporal, ha muerto, pero le sobrevive el ente moral. El desaparecerá cuando desaparezca de la haz de la tierra, el último grupo de individualidades constituidas en sociedad.

¡Cuántos Quiricos hay en el mundo que pasan desapercibidos, por no haber vulgo que forme un pedestal para su gloria póstuma!

Y aquí lo que escrito dejo  
lo copié mal y de pronto:  
¡lectores, yo no me afronto  
si mi pobre articulejo.  
escrito lo hallais en tonto!

AURELIANO RUIZ.

#### LA NOCHE.

...Dulce melancolia  
Amiga del dolor...  
(Selgas).

Mágicas cintas, de zafir y plata,  
Ténues coloran el azul espacio  
Entre nieblas de lila y escarlata  
Torna Febo, brillante á su palacio,  
El rosado crepúsculo dilata.  
Sus encajes de nieve y de topacio,  
Y entre su oscuro azul, la mas sombría  
Trémula de placer, resalta el dia.

Luce la flor de gozo suspirando  
Rica diadema, del mejor rocío,  
Tiende el aura fugaz, su vuelo blando,  
Tienen las fuentes, y murmura el río,  
En las frondas el pájaro cantando,  
Los aires llenos con su tierno «pio»  
Y ya la noche su enlutado velo,  
Melancólica estiende por el cielo.

Del puro aroma de nevadas flores,  
Saturado se encuentra el tibio ambiente  
Vuela la brisa respirando amores,  
Alza la roca su purpúrea frente,  
Cantan en el verjel los ruisenores,  
Gime de amor la tórtola inocente,  
Y el manso arroyo de cristal hinchado,  
De roca y esmeralda viste el prado.

Y de la noche en tanto, el negro velo,  
Cubre el azul de la region vacía,  
Y al irradiar tinieblas cubre el suelo,  
Se presta mas vigor y lozanía.  
¡Tranquila noche que el mortal anhelo,  
En que miro abrasarse el alma mia



Calmas con tu mirada cariñosa!  
¡Yo te saludo, ven, madre amorosa!

—  
De qué vale la luz si cuando brilla  
Ilumina tan solo mi amargura!  
Tú noche misteriosa, eres la orilla  
Del golfo de mi negra desventura;  
¡Cuántas veces en el flebil barquilla,  
Me anegué con sus aguas de tristura!  
¡Y cuántas veces á su empuje rudo!...  
¡Oh! ¡noche! ¡noche! ven, tú eres mi escudo.

—  
Ven, y en mi corazón dulce reposa  
Tú verterás en él, dicha, esperanza  
¡Yo te saludo! madre cariñosa  
Iris de paz, emblema de bonanza,  
¡Noche querida! ¡noche venturosa!  
Mi dicha, mi consuelo, y bienandanza,  
Huye de mí por siempre claro día  
Queman tus rayos la existencia mía.

—  
¡Y tú Luna que rompes el celaje,  
Oscuro manantial de las tinieblas,  
Tendiendo airosa, tu bordado encaje  
Sobre las alas de argentadas nieblas,  
Tú que envuelta en magnífico ropaje,  
De blanca y tibia luz el cielo pueblas!  
Eres muy bella, pero no te quiero  
¡Soy infeliz y oscuridad prefiero!

A. CAMPO-DÍAZ.

### LA MUERTA DE AGUAS DULCES.

#### LEYENDAS.

Todos conocéis el bonito río llamado *Khané-Souyon*, cuyas aguas corren cerca del pueblo de Ali-Bey, donde existe ahora un palacio nuevo digno de ser habitado por los hijos del profeta; un palacio todo de mármol con fuentes de suridores, conchas de granito del Bósforo y bonitas alamejas de sicomoros. El sultán Achmet III creó aquel paraíso: Dios le recompensará por haber hecho en la tierra la imagen del cielo.

Un pobre pescador, llamado Ischender, se disponía á echar sus redes en la embocadura de Aguas Dulces cuando percibió una forma blanca que flotaba en la superficie de las aguas; era un largo saco de lona que parecía contener un cadáver. El alma de Ischender era fuerte, como la de todos los fieles que nacen á la sombra de la santa mezquita de Eyub, donde reside el espíritu del gran Osman; Ischender, pues, se apoderó del saco y lo colocó en su arca con grandes esfuerzos.

La noche era negra como la bóveda subterránea del *yeri-bataxserai*, morada de los espíritus sombríos del mal.

Ischender abrió el saco y no se admiró al ver el cuerpo de una mujer. En aquellos tiempos sucedían cosas que no suceden hoy. Con mucha frecuencia los pescadores encontraban en el fondo del Cuerno de Oro cadáveres flotantes; todos ellos venían del serrallo, y eran tan pronto víctimas del visir como de los celos de una sultana favorita. Los pescadores solían cogerlos para echarlos después en la corriente del Bósforo.

El pescador Ischender no tuvo esta prudencia, y pensó primero en averiguar si la vida estaba separada de aquel cuerpo, experimentando una indecible alegría al notar que la mujer respiraba. ¡Dios es grande! exclamó, yo salvaré á esta infeliz.

La muerta pareció resucitar y apartando sus largas trenzas de cabellos negros, pegados al semblante, lanzó un grito al ver que la miraba un hombre. Después, llevándose las manos á la frente, como para evocar el recuerdo de un suceso terrible, se estremeció y dijo: ¿Estoy viva ó muerta? En seguida, cogiendo la capa del pescador se envolvió en ella.

En aquel momento la luna inundaba con su argentada luz de cipreses de la colina del cementerio griego de Sudendje, no lejos de Aguas Dulces. La mujer conoció el sitio y exclamó: ¡Dios sea loado! ¡Estoy viva! ¡Hé ahí

el palacio de Khara-Aghadi, hé ahí las Aguas Dulces, y mas allá en la ribera opuesta las columnas de Maktul-Valissy!»

El pescador inclinó la cabeza como para decir: sí, esos son los sitios que decís y no os equivocáis. No se atrevió, sin embargo, á mirar frente á frente á la mujer, porque la hermosura de ésta era celestial.

Obligado á contestar á una pregunta, Ischender, siempre devotamente inclinado repuso: «Yo soy un pobre pescador indigno de hallarme en vuestra presencia; mi cabaña está al otro lado del río, á poca distancia del palacio de la sultana Esma. Allí encontrareis dátiles, leche, arroz y un abrigo seguro.

—¿Estás solo? preguntó la mujer.

—Sí, repuso el pescador.

—Pues bien; condúceme á tu cabaña porque aquí tengo mucho frío.

El viento empezaba á soplar, y gracias á esto la pequeña barca pudo atravesar pronto el río.

No había en la cabaña mas que una cama de hojas secas; pero la mujer dijo que era demasiado buena para una resucitada, y dando gracias á Ischender, añadió: «Mañana cuando la salida del sol me haya inspirado, te contaré todo, porque eres bueno y piadoso.»

Ischender pasó el resto de la noche escuchando el ruido del agua que se estrellaba contra la escalera del palacio de la sultana Esma. Cuando los primeros albores de la aurora comenzaron á iluminar con su tibia y rosada luz las copas de los árboles, dirigióse el pescador al cercano pueblo de Eyub para comprar un traje de judía, que llevó á la cabaña, regocijándose al pensar que sería del agrado de la muerta de Aguas Dulces.

Ischender no se equivocó; al levantarse la mujer desconocida se vistió el traje de judía, y después de arreglar su tocado y peinar sus negros cabellos ante un espejo natural que se halla al pie de la colina de Bahariye-Kai, y que está formado por las aguas de la fuente Maktoul-Valissy, dijo á Ischender.

—Tú mereces mi confianza, y Dios que siempre es justo te recompensará. Escucha y sé discreto como la tumba de Moussoul-Abed: que jamás ha revelado sus secretos á los pasajeros.

Ischender puso la mano en su corazón, mirando al sol saliente.

—Quiero decirte cosas que te sorprenderán, prosiguió la mujer desconocida: yo soy la sultana Mihrmah, esposa favorita de S. A. el sultán Achmet.

Al oír este nombre, el pobre pescador se prosternó como si se hallara ante una divinidad.

—Escucha, prosiguió Mihrmah, y cree que Dios venga á los inocentes... Ayer noche han pasado cosas terribles: el bostandji-baschi, que es un traidor, me entregó á dos miserables, que atreviéndose á poner sus manos sobre mí, me encerraron en un saco precipitándome después al mar, con una mordaza en la boca, desde la punta mas elevada del serrallo. La mano de un espíritu celeste me ha sostenido sin duda en la superficie del agua, y el desvanecimiento me ha salvado de la muerte; que Dios sea loado. Varias horas de la noche he estado reflexionando sobre mi venganza, pues cuando ésta es justa merece mas bien el nombre de castigo. Al fin he conseguido descubrir de dónde parte este horrendo crimen, y ahora conozco que la cantarina Seineb es la que ha querido matarme por celos, y despechada porque mi glorioso sultán Achmet me prefirió á ella. Te he revelado mi secreto, ahora te encargo que lo guardes en lo mas profundo de tu corazón.

—Lo juro, dijo Ischender por las reliquias del Profeta, que se hallan en la mezquita de Eyub.

—La paciencia es una virtud que roe el mármol del Bósforo, replicó la sultana; tengamos, pues, paciencia y aguardemos la vuelta del glorioso Achmet, que está en la guerra.

La sultana se resignó, pues, á aguardar y el pescador Ischender redobló sus cuidados para

darla una hospitalidad menos indigna. Siempre que algun buque aparecía en el Bósforo, la sultana, con la vista fija en él, enviaba á Ischender para que averiguase si el ejército del sultán volvía de Trebisonda á Sinope. Por fin se recibió en Eyub la noticia de que el sultán había llegado á Scutari por la vía de tierra, con una escolta de cien camellos cargados de oro.

Entonces la sultana, sin manifestar la menor impaciencia, envió á Ischender á la ciudad, encargándole entregase al primer médico del sultán el anillo que llevaba en el dedo. Este anillo había sido entregado á la sultana por el médico algunos meses antes, como remedio para los dolores de cabeza.

Llegada la noche, dirigióse el doctor, que había recibido el anillo, á la cabaña de Ischender, donde estuvo hablando largo rato con la hermosa Mihrmah, la cual se estremeció de alegría al saber que el sultán estaba inconsolable por la muerte de su esposa favorita. Habíanle dicho que en un acceso de fiebre se había precipitado en la cisterna sin fondo del paseo de los Mirtos, y con motivo de ésta desgracia se hallaba ya cerrada la abertura de dicho precipicio por medio de una tumba elevada á la memoria de Mihrmah. El sultán Achmet, engañado por este cuento, lloró amargamente, é iba todos los días á visitar el sepulcro de su querida esposa. La hermosa Seineb lloraba también afectando una grande desesperación.

La sultana Mihrmah concertó con el médico un plan y se dispuso que al día siguiente, cuando el sultán fuese á hacer su acostumbrada visita al sepulcro, estaría aquella escondida en un grupo de mirtos para sorprender á su esposo.

En efecto, al día siguiente á la hora de costumbre, el sultán Achmet se dirigió solo y triste al sepulcro y llegado á él acercó sus labios al frío mármol murmurando palabras que parecían una oración. Entonces la hermosa Mihrmah salió de su escondite, presentándose delante del sultán.

Ante semejante aparición, Achmet lanzó un grito y aunque era muy valiente retrocedió algunos pasos, creyendo ver un fantasma. Entonces la bella Mihrmah sonrió, y tendiéndole las manos á su esposo le dijo: «Estoy viva porque no todos los crímenes dan el resultado que apetecen los infames.»

El sultán era justo como un verdadero hijo de Osman: había culpables en el serrallo, y sobre todo una mujer del harem cuya mano debió haber dirigido el crimen. Practicadas las mas minuciosas pesquisas descubriéronse los criminales, así como también se supo que Seineb era la que los había dirigido. Entonces el sultán Achmet condujo á la infame escolta por cuatro hombres al paseo de los Mirtos, y al llegar al borde de la cisterna la dijo: «Mujer, ya sé quiénes son tus cómplices, que así como tú han desconocido la justicia de Dios y de los hombres; pero una tumba no debe mentir jamás, y la losa de este sepulcro que he mandado levantar, caerá sobre tí sin misericordia.»

Al oír estas palabras, Seineb helada de terror cayó sin sentido al borde de la cisterna, y entonces los cuatro hombres se apoderaron de ella y la arrojaron en el precipicio cubriendo su abertura con la losa del sepulcro elevado á la memoria de la supuesta muerte de la hermosa Mihrmah.

Al día siguiente el sultán Achmet mandó llamar al pescador Ischender y le dió 1,000 zequíes admitiéndole en el servicio de palacio.

### LA REDENCION.

Rompió la clara luz las nieblas frias  
que no hay poder que su poder no venza;  
se cumplieron al fin las profecías,  
y envuelta con la sombra de otros días,  
la vida del espíritu comienza.

Un hombre, esencia de la luz divina,  
con su voz dominando las edades,





EL AÑO QUE SE VA.

Cuanto en mi derredor estais mirando  
todo os lo dejo.  
Cuanto puedo llevar sobre mis hombros  
todo lo llevo.

## ALMANAQUE LITERARIO DE EL MUSEO UNIVERSAL PARA EL AÑO DE 1865.

Escrito por Breton de los Herreros, Hartzenbusch, Fernandez y Gonzalez, Aguilera, Palacio, Egulaz, Martinez Pedrosa, Navarrete, Trueba, Frontaura, Janer, C. Rubio, Ribot, Puente y Brañas, Retes, Bermejo, Monlau, Rada y Delgado, García y Santistéban, Rivera, Atienza, Navarro, Inza, Bustillo, Leal, Muñoz, Chico de Guzman, Vicetto, Ortiz de Pinedo, Villar, Escalera, Cortés, Llanos, Grilo, Palau, Lopez de la Vega, Laverde Ruiz, Picatoste, Blasco, Galarraga, Mathé, etc.

Véndese á 4 reales en Madrid y 5 en provincias. El que remita 5 reales en sellos á los editores, lo recibirá franco de porte.

los hombres y los siglos encamina;  
eternas como El son sus verdades;  
inmortal como El es su doctrina.

¡Grande! venciendo la contraria suerte,  
su gigante mision dejó cumplida;  
humilde, justo, inexorable, fuerte,  
para enseñarnos recibió la vida,  
para salvarnos recibió la muerte.

Base de amor y de igualdad sublime,  
en su palabra al mundo revelada  
el sello augusto de su faz imprime;  
¿qué es la ciencia del hombre, comparada  
á la ciencia inmortal que lo redime?

Al que su nombre á conocer no alcanza  
ni la señal advierte de sus huellas,  
lo condena la vil desconfianza,  
á una noche continua, sin estrellas,  
á una vida fugaz, sin esperanza!

*Su fe*, condujo un tiempo á las legiones  
del pueblo de Israel á la victoria;  
y á la sombra real de sus pendones,  
eleva y engrandece á las naciones,  
en los fastos dorados de la historia.

*Su fe*, la vida en la virtud cimenta,  
la posesion de lo posible alcanza,  
los decaidos ánimos alienta,  
y en pos de la inquietud de la tormenta  
el sosiego nos dá de la bonanza.

*Su amor* reanima al corazon creyente,  
lo porvenir nos muestra venturoso,  
y de elevada inspiracion y ardiente,  
abre el raudal que brota caudaloso,  
eco del alma, á enardecer la mente.

*Su amor*, gérmen de vida y de consuelo,  
todo el valor de su poder encierra:  
sol que derrite de la duda el hielo,  
el fruto á madurar baja á la tierra,  
que es su amor y su fe fruto del cielo.

Relámpago que sale del Oriente  
y hasta el Ocaso sin cesar fulgura,  
el Hijo fue de Dios, que Omnipotente,  
su fulgor derramó por la llanura,  
en el uno y el otro continente.

Dios en su celestial sabiduría,  
de otro amor y otro mundo precursora,  
la Redencion al universo envia,  
como una bella y sonrosada aurora  
que crece en luz hasta que rompe el día.

¡Bendito el que en la tierra prometida,  
grande, venciendo la contraria suerte,  
su gigante mision dejó cumplida;  
y humilde, justo, inexorable y fuerte,  
para enseñarnos recibió la vida,  
para salvarnos recibió la muerte!

AURELIANO RUIZ.

### PENSAMIENTOS.

Puede en calma estar el viento,  
pero nunca están en calma  
en las borrascas del alma  
las olas del pensamiento.

El amor, en sus divinas  
horas, tiene sus rigores,  
como el placer sus dolores,  
como la flor sus espinas.

Es nuestra vida un gemido,  
y gemir es padecer;  
el olvido es el no ser,  
y la ausencia es el olvido.

Vana es del hombre la suerte  
pues que pasa de corrida,  
desde la nada á la vida,  
desde la vida á la muerte.

A. R.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.  
Editor responsable: Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdidas de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.  
**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doehao, calle de Jacometrezo 63; y en la Publicidad, pasaje de Matheu.  
En Provincias, Estranjero y Américas, en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.